



Julio César

Zavala

Viendo atardecer debajo del puente

y las menciones honrosas de Cuento
Juegos Florales Universitarios 2023 UNMSM

Viendo atardecer debajo del puente
y las menciones honrosas de Cuento
Juegos Florales Universitarios 2023 UNMSM

Viendo atardecer debajo del puente

**y las menciones honrosas de Cuento
Juegos Florales Universitarios 2023 UNMSM**

Julio César Zavala



*Viendo atardecer debajo del puente y las menciones honoríficas de Cuento
Juegos Florales Universitarios 2023 UNMSM*

- © Julio César Zavala, por «Viendo atardecer debajo del puente»
- © Flavio Álvarez Gamarra, por «Línea de fuga»
- © Miguel Villanueva Colchado, por «El sacrificio»
- © Jorge Valenzuela Garcés, por su presentación

© Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2023
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Fondo Editorial
Ciudad Universitaria, Calle Germán Amézaga N.º 375, Lima 1

© Vida Múltiple S.A.C., 2023
Jr. La Hoyada 167, Rímac, Lima - Perú
RUC: 20608148745
Teléf.: 955677222
editorialvidamultiple@gmail.com

Serie Coediciones: En el marco de la política de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de promover y apoyar la realización de acciones propias de la investigación y la formación profesional de la comunidad universitaria.

Edición y diseño de cubierta: Christian Cachay
Corrección de estilo: Gabriela Cordero
Diagramación: Enrique Toledo

Primera edición digital: noviembre de 2023

ISBN: 978-612-49367-4-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2023-10677

Esta edición es gratuita y su uso es de libre circulación. Queda prohibida su comercialización.

Índice

Presentación	9
<i>Jorge Valenzuela Garcés</i>	
Viendo atardecer debajo del puente	11
<i>Julio César Zavala</i>	
Línea de fuga	17
<i>Flavio Álvarez Gamarra</i>	
El sacrificio	25
<i>Miguel Villanueva Colchado</i>	
Acta de calificación de resultado final	
Género: Cuento	31

PRESENTACIÓN

Los Juegos Florales Universitarios de San Marcos tienen una larga tradición en el Perú. Han servido para alentar, desde los tempranos años de la formación profesional, la vocación literaria y la creatividad. Pero su objetivo cimero es el reconocimiento del talento juvenil.

En esta oportunidad, en la categoría de cuento, se presentaron 201 postulantes. Las poéticas dominantes, visibles en los relatos participantes, fueron el realismo, el relato fantástico, la ciencia ficción y la narrativa de género.

El cuento ganador, «Viendo atardecer debajo del puente», de Julio César Zavala transita por los caminos del realismo, pero remozado por un sutil lirismo que convierte a la historia de un singular docente universitario, en un canto a la persistencia, incluso, al margen de la razón. Escrito con un lenguaje depurado, el cuento nos va descubriendo, paulatinamente, la perturbada y, a la vez, resistente naturaleza del protagonista.

La primera mención honrosa, «Línea de fuga», de Flavio Álvarez Gamarra, es un relato que apuesta, desde el horror, por la denuncia de una situación de maltrato femenino. Narrado con aplomo, el cuento emplea el modo testimonial para contar la historia de una mujer desquiciada que da cuenta de su fragmentación física como mental. De estructura circular, el cuento consigue con creces construir una imagen aterradora de la situación de las mujeres en un contexto dominado por un machismo bestial.

La segunda mención honrosa, «El sacrificio» de Miguel Villanueva Colchado, nos sumerge en el universo periodístico y en la forma

PRESENTACIÓN

en que se construye una noticia al margen de los hechos supuestamente objetivos. Narrado desde la condición de quien se siente culpable por ser cómplice de la farsa, el cuento pone al descubierto las estrategias (en este caso el morbo tremendista) a las que apelan los medios masivos de comunicación en su afán por conseguir lectores.

Hechos los balances sobre esta versión de los Juegos Florales Universitarios 2023, podemos concluir que la cosecha de cuentos es más que estimable, pues revelan oficio y un gran manejo de la técnica, pero, sobre todo, un compromiso con lo humano, con el dolor y con que debe ser denunciado. Auguramos un auspicioso futuro literario a los ganadores de este certamen, primer paso en una carrera que, estamos seguros, les deparará más satisfacciones.

Jorge Valenzuela Garcés
Presidente del Jurado de los
Juegos Florales Universitarios 2023
Género: Cuento

Viendo atardecer debajo del puente

Julio César Zavala

Primer puesto

Véía señales ominosas por todos lados, la coincidencia más casual le aterrorizaba. La lógica de la suerte es la lógica del destino. ¿Cómo no creer en el destino, en la infalibilidad de sus movimientos, en la obstinación de sus propósitos, cuando sus líneas negras se nos muestran con persistencia a través de la escritura de la vida?

Vladimir Nabokov, «Un hombre ocupado»

La bajada de los baños es un buque encallado que se derruyó con el tiempo; de la misma manera que lo hace el abdomen de un gran insecto muerto. Pero la pendiente de casas persiste a la intemperie con un solo propósito: el cobijo natural de sus habitantes. En esa floresta de osamentas derruidas; castillos asimétricos asentados en una progresión fortuita anclan las naves, o casas debiera decirse, que en las noches varían sus matices a los de un lienzo antiguo. Estallan los colores y se cubren de sombras (incertidumbre o impresionismo alemán) las balaustradas que provienen de plebeyas maderas incandescentes, con un fulgor antiguo, similar al metal aciago de una olla nueva cubierta de hollín. La madre se despierta cada vez más temprano y es que el rito de madrugar lo afianza la costumbre, a pesar del insomnio o el desvelo. El sueño suspendido lo percibe chancleteando sobre el parquet antiguo, dando la impresión de que un gran ser reptante por la sala. Se amortigua su chompa mítica, desgastada como el pelambre de la alfombra. No se cuajan las sandalias ni el sueño, y es el arrastre lo que indica el grado de inclinación del promontorio que llama jardín. Ese traqueteo lo hace para alimentarlo a él, docente en una universidad pública; con lo que los engaña a ella y al padre, haciéndoles creer que será pronto el nuevo director de la escuela académica en donde enseña,

disimulando su culpa con todo ese silencio y esperando en la cárcel de sus pensamientos, recién consciente de la luminosidad del día al sentir penetrar los osados rayos por la gruesa ventada oscurecida, afianzando la imagen del barranco.

Prepara sus clases con cierta monotonía. Debe encontrar esa pasión que necesita para dictarla en el salón. Contar los días de clase, las horas en la semana en que su tiempo le pertenece a la cátedra. El verano se prolonga de una manera insana, haciendo que su caminar hacia los salones sea una maratón sudorosa y con un extraño olor de césped recién cortado. Pero fue la insólita respuesta al encontrar el salón vacío lo que alertó su breve parsimonia: los alumnos habían decidido participar de la marcha que buscaba la destitución de las autoridades políticas. Un frío húmedo se deslizó por su espalda e inundó ciertos recuerdos perdidos de su etapa universitaria. Se convenció que la clase no se habría de realizar y empezó su deambular distraído hacia la sala de profesores. El hincón del recuerdo lo siguió perforando, como un alacrán que no se apacigua. Cierta traición de las convicciones lo hicieron dudar de comunicar el suceso al director de la escuela. Era mejor esperar, escuchar los argumentos que habían interrumpido su jornada. La inminencia de una revelación lo fue atormentando hasta que decidió volver al hogar.

Treman los cristales por una nerviosa luz que se disipa en la neblina. Sobre la cómoda se fija un reloj de arena que carece del sedimento terrestre que le da nombre y permite medir el tiempo. Aristóteles decía que el tiempo es la adecuación de la realidad, pero este solo se evidenciaba cuando había cambios. Él carece también de ese tiempo. Desde que les mintió a ellos, su realidad no se inicia todavía, vive incubando un tiempo, preparando una verdad que se abre en su interior.

Pongamos que en la televisión anuncian que la estación será muy calurosa, a pesar de encontrarnos terminando el otoño. ¿Piensas seguir mintiéndole a tus padres? ¿Arruinarás tu vida por decir la verdad?

Esta vez sería diferente, su sueldo se lo gasta en taxis para encontrar el salón vacío. La ruta del distrito de Barranco hacia la universidad es relativamente breve si se realiza por la playa. Si comete el error de coger las avenidas en hora punta, recordará que ese taxista no tiene sentido del apuro.

Cuando las cosas se pusieran mejor, cuando tuviera más dinero, les confesaría la verdad, les diría que no es un profesor contratado para cubrir ciertas horas de una materia que nadie más enseña. Les hablará del curso de griego, de que METÁFORA en griego moderno es una mudanza, pero en el griego antiguo es trasladar el sentido de una palabra a otra, de significar lo que se alcanza al definir una idea abstracta. Les dirá que los ama profundamente, a pesar de que les miente hace mucho para no hacerles daño.

Encogido por la incertidumbre sale a la calle y toma el bus que lo conduce al centro de la ciudad. Al lugar donde se llevará a cabo la marcha. Todos sus estudiantes se sorprenderán de verlo. La conmoción que provocará le roba una sonrisa que se refleja en la ventana del vehículo de transporte. Aquel péndulo macabro llamado ideología lo absorbe, lo remite a su etapa estudiante con el cambio de milenio. Las largas caminatas con todo su grupo de amigos, ninguno de ellos terminaría la universidad, serían secuestrados por la necesidad, por el precio de controlar la incertidumbre.

«No encontró a ninguno de sus alumnos».

«Espera un momento», escuchó decir a sus espaldas.

Un profesor de la universidad lo reconoció, se sorprendió y se alegró de verlo. Comprendió, a través de la lectura de sus labios, la satisfacción que despertaba en él al verlo concurrir al evento. Que los profesores, en su mayoría, habían olvidado su compromiso con la situación de las cosas, con la verdad, con la posibilidad de indignarse. Pero las palabras fueron demasiado y se sintió arrastrarse por un sinsentido que lo hizo correr por las avenidas aledañas a la plaza de Armas. Esa lucha ya no era suya, era la lucha de la generación que lo continuaba.

VIENDO ATARDECER DEBAJO DEL PUENTE

Caminó y caminó hasta descubrir que había realizado la mitad de su recorrido hacia su destino final. Cuando llegó a su destino comprendió que no podría ingresar a su hogar sin exorcizar todo el estado de confusión al que lo llevó el día. Recorrió la escalera hasta sentarse en la banca que se encontraba debajo del puente de los suspiros y contempló su naturaleza regular, las vendedoras de flores, que persiguen a las parejas que se cortejan en las sombras. Se sintió una extensión más de ese puente antiguo. Miró la caída del sol, la neblina que crecía con la oscuridad y que alimentaba todos sus miedos. Tener cuarenta años no lo hacía más hombre ni más niño. Pergeñó en su mente miles de excusas, formas de decir la verdad, mientras pensaba en la vejez de sus padres, en su vida solitaria, en su vocación por enseñar.

Línea de fuga

Flavio Álvarez Gamarra

Primera mención honrosa

Suspendida en el aire sobre el tacho de basura, me puse a pensar en que las letras de mi nombre eran lo único que conservaba. Quizás no se extraviaron porque muchas veces, cuando a «Marisol» le faltaba luz y era imposible encontrar el «Sol» faltante, los vecinos simplemente me llamaban «Mari». A veces, «Risol» se escondía y solo escuchaba «Ma» día y noche, cuando Lucas tenía hambre. De nada servía que yo me sintiera «Marisol» si nadie me iba a llamar así. Era todos esos nombres recortados sin ser ciertamente ninguno. La «Mari» que cada fin de semana iba al mercado; «Ma» con Lucas, cuando necesitaba comer; había sido una «Sol» amada en el pasado; y estaba ahora hecha pedazos, cogida del cabello sobre el tacho de basura.

Jamás pensé que terminaría así, a fin de cuentas, cuando perdí una pierna debido a una golpiza como tantas otras, no me sentí tan afectada. Lo único distinto era que debía usar solamente el calzado izquierdo y tratar de mantener el equilibrio al desplazarme a saltos entre las habitaciones. Por un momento, agradecí que el departamento fuera pequeño, porque llegaba prácticamente con dos impulsos del comedor a la cocina y con tres desde allí al cuarto de Lucas. Siempre había deseado vivir en una casa enorme y bien decorada, pero como todos mis deseos, no se cumplió. En algún punto llegué a pensar que

la vida me odiaba, ya que se encargó de privarme de toda aspiración y parecía estar burlándose de mí por desear tanto y merecer tan poco.

Con veinticinco años encima, lo único que conseguí fue un hijo no deseado al que aún estaba aprendiendo a querer y ser la empleada a tiempo completo de Manuel. ¿Era una cualquiera al dejarme preñar por el primero con el que me revolqué? No creía eso, aunque mis padres lo tenían bastante claro cuando me echaron de casa. Manuel, al ver esfumarse su dinero en pañales, se agotó pronto de ser padre. Gritarme no era suficiente castigo por hacer su vida miserable y consideró más apropiado golpearme. Yo no sabía si era más «Ma» que «Mari», pero tenía la certeza de que cada día, al despertar, vería mi cuerpo frente al espejo abultado y deforme como un globo de agua. Algunas veces pensé en huir. Rápidamente desistía porque con un hijo pequeño y sin dinero no tenía muchas opciones. Tampoco podía abandonarlo, me torturaba la idea de que Manuel se deshiciera de él. No estuve equivocada, fácilmente pudo tirarlo así como estaba a punto de hacer con mi cabeza. Y si antes de desmembrarme no estaba segura de irme, con una pierna faltante la idea era inconcebible. Creo que tanta desdicha acumulada hizo que perder mis extremidades no me entristeciera. En realidad, estaba destruida hace mucho tiempo.

Perder una pierna no afectó por completo mi rutina. Desde temprano, la veía brincar por la sala empujando los muebles para que yo luego barriera más rápido. A Manuel le fastidiaba el ruido que hacía al moverlos sin cuidado y la pateaba para mostrar su enojo. Descubrí que mi cuerpo me dolía aunque no lo tuviera cerca, quizás por una compasión tonta. Diligentemente, mi pierna trataba de ordenar la casa. Flexionaba un poco la rodilla para que el impulso la lleve hacia delante y así poder ir de un lado a otro. Sin embargo, no era perfecta, así como yo nunca lo fui, y en uno de sus saltos chocó con Manuel. Se enfureció, y si antes todas sus golpizas habían sido inmerecidas, esta vez lo tomó como un ataque personal, lo cual exigía una respuesta mucho más violenta. Agarró mi pierna y la estrelló contra la pared. Luego

se abalanzó contra mí, botando la olla de comida que tenía entre las manos. «Puta de mierda, no eres capaz de hacer nada bien», gritó, mientras me golpeaba una y otra vez en el suelo. En algún momento se cansó, cogió sus llaves y se fue. Me quedé tendida allí, llorando y respirando con dificultad. Traté de secar mis lágrimas y solo pude hacerlo con una mano. Mi brazo izquierdo también me había abandonado. Arrastrándose como una araña, mi mano fue en busca de una bolsa para llenarla con la comida que se encontraba en el suelo. Ahora me doy cuenta de que, sin un brazo y una pierna, fue lo más completa que estuve alguna vez.

Debido al ruido, Lucas se despertó y no paraba de llorar. Hice mi mejor esfuerzo por apoyarme en lo que me sobraba de cuerpo y fui a verlo. Traté de cargarlo, pero pesaba demasiado para sacarlo de su cuna con un solo brazo. Opté por levantar su cabeza y acercarle mi pecho. Rápidamente se prendió de él y empezó a succionar con fuerza, mascando incluso mis pezones. No sentí dolor, el ardor de mi abdomen y espalda lograba opacarlo. Cuando se durmió, aproveché para limpiar el desastre de la cocina, apoyada por mi brazo que en su mano llevaba restos de comida y polvo para depositarlos en la basura.

Al terminar, fui a la cama e intenté que la parte menos afectada de mi cuerpo estuviera en contacto con el colchón. Un portazo me arrancó del sueño que apenas lograba conciliar. Manuel llegó apesadumado a alcohol, se desnudó y comenzó a pasar sus manos sobre lo que quedaba de mí. En el pasado lo había deseado, cuando era la «Sol» que aún no le pertenecía y, por eso mismo, se esforzaba por poseer. Ni bien me tuvo, sus dedos reclamaron el derecho de apretarme a su antojo, sobar y meterse por donde les provocara, como gusanos repugnantes. Me acercó a él y empezó a morder y lamer las partes que antes había solo besado. Yo era la presa que estaba a punto de despedazar. Levantó mi bata e introdujo su miembro. Cogiéndome de las caderas, me pegaba y apartaba de su cuerpo para penetrarme. «¿Por qué no te mueves? Todo quieres que haga, carajo», me gritó. Cuando se

bajó pensé que había terminado, pero todavía lo sentía dentro de mí, aunque no lo tuviera ya encima. Entonces me fijé que todo mi sexo lo tenía entre sus manos. Lo había desprendido y colocado sobre él. «Por fin tengo lo único que sirve de ti», me dijo, mientras guardaba debajo de la cama el nuevo juguete que tenía para saciarse.

A pesar del apoyo que me brindaron mis extremidades, fue una tortura seguir encargándome de la casa. Cuando volvía del trabajo, Manuel apuñalaba mi interior por horas. Los fines de semana, me penetraba sin descanso, así que debía cocinar y limpiar siendo violada constantemente. Traté de adaptarme, pero mi cuerpo, cansado, siguió desmoronándose. Cada vez producía menos leche y difícilmente Lucas se llenaba. Sujetaba mi pecho y lo mordía en busca de alguna gota, mientras yo debía mantenerme apoyada sobre su cuna por mucho tiempo. Un día logró desprender mis senos, los abrazó con fuerza y ya nunca despegó su boca. Parecía no necesitarme, salvo para cambiarle el pañal cuando hiciera falta. Todos tenían lo que exigían de mi cuerpo, era yo la que sobraba. Pensé nuevamente en marcharme, pero así como estaba, me rechazarían en todas partes. No había lugar afuera para una mujer incompleta, cuyos despojos estaban desperdigados por cada sucio rincón de un hogar inexistente.

Con el tiempo, mis partes se volvieron más eficientes. Mi brazo aprendió a treparse en las superficies e incluso mi pierna arrancada le servía como soporte para llegar a más zonas. Manuel no perdía ninguna oportunidad cuando lo veía arrastrarse por el suelo para atacarlo con la mayor brutalidad. Pisaba uno a uno los dedos y me miraba para disfrutar mi gesto de dolor. En una de sus pisadas fracturó mi muñeca y no pude evitar gritar. «No hagas ruido, perra asquerosa», vociferó, mientras descargaba sus puños sobre lo poco que me quedaba. Me desmayé, y cuando recobré el sentido ya no podía moverme, me había convertido en un retazo de mí misma.

Manuel cargó mi torso plano y lo llevó al cuarto. «Será una excelente alfombra», afirmó. En ese momento, una de mis piernas

aprovechó su descuido, desesperadamente saltó hacia la puerta y mi brazo se subió para poder abrirla. Mi pierna se abalanzó a la calle, mientras Manuel corría para evitar que mi brazo también se fugara. Lo sujetó y cerró la puerta con llave. «No importa, solo es una pierna, las demás partes pueden ocuparse de todo. Esto, en cambio, no sirve para nada», dijo, levantándose del suelo por el cabello y llevándose hacia la cocina. Suspendida sobre la bolsa de basura, pude ver por la ventana cómo mi pierna avanzaba en línea recta por la acera, haciendo su mejor esfuerzo por alejarse de aquí. Pronto sería desechada, pero una parte de mí había escapado. Aunque fuera solo una pierna, era libre y estaba segura de que llegaría más lejos que yo.

El sacrificio

Miguel Villanueva Colchado

Segunda mención honrosa

—«Con el canto de los grillos nocturnos y después de la maternal caricia, se oyó el susurro: “abre el pecho, arranca el corazón”», ¿qué te parece?

—No es creíble que usted haya oído esa orden, con una lectura atenta cualquier policía lo pretendería de cómplice.

—Eres un tonto, chico. Ningún policía desconoce lo que hacemos. Mira, que te quede claro de una vez: aquí fabricamos la verdad.

Era la segunda vez que oía eso, antes en Lima, ahora en Cuzco. La realidad es que una niña fue asesinada por su madre y su tío. Ya este acto espeluznante se presta por sí solo a un titular atrayente; sin embargo, el lugar y la forma...

—Seguiré un poco más.

—Ya van dos hojas.

—Seguiré, seguiré. Pero antes tacha eso de los grillos, y coloca... con el ruido de la lluvia, o mejor, bajo la luz de la luna.

—Continúe.

—«Sin clemencia, la madre, apretando el cuchillo, realizó el sacrificio. ¡Ni una lágrima escapó de sus ojos, ni siquiera una expresión de asombro se dibujó en su rostro! En su locura ella había cumplido su deber: había salvado al pueblo».

Coge su bigote y se detiene.

— Coloca el punto ahí.

Después de tomar del escritorio el rollo de papel, me arranca la hoja de las manos y sale de la oficina. En su ausencia me dispongo a ordenar los papeles que han quedado regados, son artículos periodísticos sobre tradiciones incas, sacrificios, rituales, etc. El jefe había resaltado algunas palabras. Lo vi hacerlo en la tarde alrededor de una hora, y al terminar pasó un largo rato cogiéndose el bigote. Descubrí que así era como pensaba, pues de un momento a otro saltó del sillón y comenzó a murmurar frases sueltas y sin sentido. Luego me ordenó que escribiera. Lo que salía ahora de su boca era increíble, pero no en el buen sentido, pues... ¡Qué va! Somos periodistas, huimos de la imaginación. ¡En qué lugar vine a parar! ¿Un sacrificio al dios cóndor? ¿Una larga tradición inca? Es increíble, lo repito, un buen periodista se limitaría a informar los hechos, el parte policial: una madre y su hermano hallados junto al cuerpo de una menor debajo de la estatua de un gran cóndor a las afueras de la ciudad, y punto. ¿Que era noche de luna llena? Sí. ¿Que llovía y en el suelo la sangre resplandecía? Sí. ¿Que la madre llevaba un cuchillo consigo? También. Aun así, la niña no presentaba ningún corte, pero la madre... qué más da, sigo siendo solo un practicante y de todos modos los culpables ya están donde deben, con la policía, al menos eso es mejor que recibir la justicia de su pueblo, que muchas veces es ciega y siempre implacable.

Renuncio a todo, me gustaría decir. Por el momento digo todo en orden, la noche fresca, la ventana apenas abierta, y el leve ruido de algún automóvil afuera del edificio. El aburrimiento me lleva a leer los papeles anteriores en voz alta, para razonar un poco lo que acaba de salir de tan insólita cabeza:

«Durante toda la semana, la pequeña Fiorella no había asistido a la escuela. Su profesora, preocupada en más de una ocasión, visitó la casa de su madre, siendo todas las veces un intento vano, pues nadie respondía a sus llamados. Tal como dictaban sus horrendas tradiciones, la ofrenda estaba siendo preparada. Con brebajes alcohólicos y coca

buscaban que en sus infantiles alucinaciones vislumbrara al dios de los altos cielos, y acaso él contemplando a la bella niña de rojas mejillas jamás la rechazaría...»

Empieza a llover. Se oye el impacto de las gotas cayendo oblicuas contra un lado de la ventana. Se oye el fluir del agua yéndose por el desagüe. Es el jefe que ha jalado la cadena y ha dejado de pensar. Al ingresar a la oficina, se detiene para servirse un café. Vuelve su rostro hacia mí con los bigotes empapados.

—¿Seguimos?

El jefe me devuelve la hoja.

—Seguimos.

—«Ni la feroz lluvia se detuvo, ni algún dios recogió el pequeño cuerpo. Los culpables permanecieron toda la noche en la escena del crimen. Un jornalero madrugador, que al ver a los criminales arrodillados frente al gran pájaro como dos sombras peregrinas, se acercó y dio con la macabra escena. Él declara: “me llamó la atención el desprecio al cuerpo que yacía justo a su lado. Sus miradas estaban dirigidas a las alturas, estaban clavadas en la imagen del cóndor”. La entrega total a sus creencias hacía que los hermanos no presten atención a nada más, y como el jornalero era solo uno y de carácter tranquilo, nada más se atrevió a gritarles, sin lograr hacerles mover un solo cabello. La niña estaba muerta, lo sabía por la sangre en el piso, así que para no permitir que escaparan dirigió sus gritos a la calle; paso un poco más de tiempo para que alguien lo escuchara y llamara a la policía. Estos al llegar se sorprendieron, pues era la primera vez que veían a un asesino permanecer junto a su víctima; así que tomaron las fotos del delito con asesinos y víctima, y arma y sangre. No sin esfuerzo, subieron a los hermanos a la patrulla y al cuerpo lo cubrieron con periódicos, dejando a un oficial para que esperase una ambulancia para llevar el cuerpo a la morgue. Hallazgo espeluznante: un trozo de cordón umbilical bajo la pollerita de la occisa. Esto llevaría a pensar que había sido escogida para el sacrificio desde...»

—Detente ahí.

Nuevamente coge su bigote, mientras tanto, compruebo con pesar que se acabaron los cigarrillos. Pienso con amargura: “más que al periódico, su relato debería ir a parar a un concurso literario”.

—Vamos desde el comienzo.

Y así seguimos durante toda la noche. Luego de que el jefe da por concluida su historia, corregimos, atamos cabos sueltos. ¿Y el parte policial? Hecho cuatro dobles fue convertido en posavasos. Arrancamos la historia de la nada, de la noche, del humo y de la lluvia que siempre inspira cosas atroces...

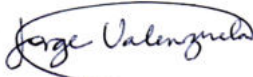
Nuestro diario fue el más vendido de ese día. Yo no tuve coraje para volver a leer aquello. En su defecto, al pasar por un quiosco cojo otro diario en cuya parte central se lee lo siguiente: “Madre lleva a su hija fallecida ante la estatua de un cóndor para implorar por su vida...” se menciona una herida en el brazo de la madre, un ofrecimiento de sangre, la ingenuidad... sin terminar de leer la noticia, con la cabeza gacha, sigo mi camino hacia la redacción, mientras el sol tiñe mi rostro de vergüenza.

Acta de calificación de resultado final
Género: Cuento
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
«Juegos Florales Universitarios Perú,
2023. Poesía, cuento y ensayo»

Los integrantes del jurado evaluador de cuento, Jorge Valenzuela Garcés, Fiorella Moreno y Gregorio Torres Santillán, de un total 201 trabajos participantes el Jurado Evaluador, luego de la calificación y deliberación se determinó por unanimidad al ganador.

N.º	Puesto	Obra	Seudónimo	Autor	Universidad
185	Primer puesto	Viendo atardecer debajo del puente	Adolfo Vienrich	Julio César Zavala Vega	Universidad Nacional Mayor de San Marcos
72	Primera mención honrosa	Línea de fuga	Don Quijote del Perú	Flavio Mitchell Álvarez Gamarra	Universidad Nacional Mayor de San Marcos
171	Segunda mención honrosa	El sacrificio	Fernando de Rojas	Miguel Ángel Villanueva Colchado	Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Lima, 13 octubre de 2023



Jorge Valenzuela Garcés
DNI: 08233474



Fiorella Moreno
DNI: 45375625



Gregorio Torres Santillana
DNI:29324569

La edición de *Viendo atardecer debajo del puente y las menciones
honrosas de Cuento Juegos Florales Universitarios 2023*
UNMSM de Julio César Zavala fue culminada en
noviembre de 2023 por el Fondo Editorial de la
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
de la UNMSM y la Editorial Vida Múltiple.

